

José Bonaparte y Fernando VII:
EL BUEN REY Y EL MONARCA TIRANO

Buenas tardes:

En primer lugar quiero expresar mi gratitud por permitírseme participar en este curso sobre “El Autor y el Personaje” que organiza la UNED y que dirige Antonio Pérez Henares, un curso en el que se nos permite a los autores exponer algunos aspectos de aquellos personajes históricos que nos han llamado la atención y sobre los que, literariamente, hemos trabajado.

Y como primera declaración deseo confesar que, en mi caso, he sentido desde siempre una atracción enorme por los personajes de la Historia considerados como perdedores, una atracción que he compartido tanto en mi vida personal como en mi trabajo de escritor.

Lo cierto es que, con los perdedores, es con quienes siento una especie de identificación. Tal vez un psicoanalista diagnosticase en ello una cierta inseguridad, y me invitase a una eterna terapia, pero yo estoy convencido de que esa atracción se debe más bien a mi particular forma de ser: una personalidad acaso adolescente en la que sigo proclamando la insumisión como modo de vida. Me rebelo contra lo que hacen hoy los poderosos del planeta igual que me sublevo contra las etiquetas que se les ha colgado a los perdedores, a los traidores y a los despreciados de la historia. Que son legión, y en muchas ocasiones de una manera absolutamente injusta.

No quiero decir con esto que de todos los malvados que han existido vaya a hacer un panegírico, de hecho algunos me caen verdaderamente mal y otros me son por completo indiferentes: desde Hitler al pirata Drake o desde Torquemada a Judas, quien puede que tuviera sus motivos para vender a Jesús, no digo que no, y a saber cuáles, aunque de aquella venta no haya más documentación que las improbables crónicas evangélicas.

Pero con otros perdedores del pasado me parece que se ha cometido una gran injusticia histórica. Por ejemplo, estoy dispuesto a batirme en duelo por el honor de Bruto y por la dignidad de su acción para defender la República en la Roma del Siglo I a. de C. frente a las ambiciones tiránicas de Julio César. Un personaje sobre el que escribí “LA LEYENDA DEL FALSO TRAIADOR”, una novela de la que me siento tan orgulloso que les he traído a ustedes algunos ejemplares por si tienen interés en el personaje, en su cercanía a Julio César y en la vida cotidiana de aquellos tiempos convulsos para que, si les apetece, se los lleven y los lean.

Y de la misma manera que siento una simpatía muy profunda por Bruto, la siento también por José Bonaparte, conocido entre nosotros, los españoles, como *Pepe Botella*.

Así es que, al dirigirse a mí el director del Curso para pedirme sobre quién deseaba exponer algunas ideas esta tarde, sin pensarlo mucho le dije que sobre José Bonaparte. Y a continuación, movido por mi aversión hacia él, añadí que de paso utilizaría un par de insultos contra Fernando VII. Incluso alguno más.

Y por eso estoy ahora en estas calurosas y somnolientas horas, con la sana intención de que no saquen ustedes la idea de que aquí hay un pesado que va a darles la tarde.

En todo caso, y a modo de súplica, les agradecería a quienes deseen salir del aula durante mi intervención que lo hagan en el mayor silencio posible, con el fin de no despertar a los que se quedan.

También me gustaría decirles que lo mejor sería que tuviésemos un coloquio al final de mis palabras, lo que siempre me ha parecido lo más interesante de este tipo de actos. Porque al fin y al cabo, lo que yo les diga, poca enjundia tendrá. Hoy en día los escritores carecemos de interés, por lo general.

Antiguamente los escritores se batían en duelo, se liaban en juegos de cama con las damas de la nobleza y se pegaban tiros en la sien, lo que les hacía protagonizar la vida social de su época y, de haber existido la televisión, hubieran sido perseguidos por los paparazzis del Tomate como hoy lo son las famosas y los toreros (o esa muchacha siempre enfadada que se casó el otro día y al que la selección española le chafó la noticia de su boda). Pero hoy los escritores, como les decía, somos seres normales, casi diría que vulgares, unas personas corrientes que están en su casa, escriben sus cosas y no tienen amantes mediáticas. Bueno: ni mediáticas ni casi de ninguna clase. Sólo unos pocos tienen cabida en el espectáculo de la literatura. Los demás somos anónimos sociales que nos comemos la vanidad a cucharadas y acudimos, de cuando en cuando, a una presencia pública como esta para dar el tostón.

Y la verdad es que somos tan vocacionales que la mayoría de nosotros no podríamos vivir sin escribir. Lo necesitamos. Desde pequeño yo supe que quería escribir (*y, se diga lo que*

se diga, no es verdad que fuera el BBVA el que me convenció de que yo era un hombre de letras.) Fue una afición temprana que se convirtió en vocación y, finalmente, en profesión.

Desde entonces, y ya hace años de eso, mi profesión literaria me ha permitido vivir de ella. No digo que yo sea, ni llegue a ser nunca García Márquez, pero creo firmemente, y así lo he dicho a mis alumnos del taller literario, que el oficio de escritor tiene dos componentes y una exigencia:

los componentes son la técnica y el talento (la técnica se puede aprender al cien por cien; el talento no: cada cual tiene lo que le ha dado la naturaleza, y contra ello no se puede luchar).

Por eso sé que nunca llegaré a la genialidad de un Dostoievski o de un García Márquez, pero por lo que se refiere a la técnica (gramática, sintaxis, ortografía...) no tengo dudas. Al menos, no muchas.

Además de los dos componentes, hablaba de una exigencia: es la disciplina. Hay que escribir todos los días, con horario, salga algo o no salga. Sin disciplina, sin considerar nuestro oficio como un trabajo diario, no hay escritor profesional.

De todos modos, como espero que al final tengamos ese coloquio del que les hablaba, tiempo habrá de que hablemos de estas cosas.

Pero ahora voy a intentar decir algo del tema que me ha traído aquí. Y creo que para hablar de José Bonaparte (y de paso de ese impresentable que se llamó Fernando VII) convendría hacer un poco de historia.

Veamos:

- En la noche del 17 al 18 de marzo de 1808 Fernando VII movilizó a sus partidarios y organizó el Motín de Aranjuez contra su padre, al objeto de que abdicara en él. Para ello se aprovechó del descontento general que existía en ese momento en España con Godoy, al que llamaban el Príncipe de la Paz, un omnipotente ministro de Carlos IV.
- Como consecuencia del motín, su padre, en efecto, abdica en Fernando VII. Estamos a primeros de abril de 1808.
- No olvidemos la fecha ni el dato de que, en Madrid, ya está el ejército francés, de paso hacia Portugal, porque Godoy había firmado una alianza con Napoleón en la guerra de Francia contra Inglaterra.
- Unos días después de esa abdicación, Napoleón llama a la familia real española a Bayona, y una vez allí donde obliga a Fernando VII a abdicar a favor de su padre, Carlos IV, y a éste a abdicar a su vez en José Bonaparte, hermano de Napoleón.
- Allí, en Bayona, se aprueba la Constitución de Bayona, que legaliza esa situación. Es decir, convierte en legal el hecho de que José I sea el rey de España.
- Pero el Dos de Mayo de 1808 los españoles se levantan contra los franceses, y luchan contra ellos hasta 1814, vencidos, y Fernando VII es repuesto en el trono de España.

Hasta aquí los hechos, brevemente contados. Pero, ¿cómo se llegó a esta situación, que cualquier observador imparcial consideraría algo peor que absurda, por no decir inconcebible?

Permítanme detenerme unos momentos en ello:

Piénsese que la política exterior de Carlos IV fue un caos auténtico, manejada por Godoy; y que la política interior no fue mejor.

Para empezar, y como consecuencia de la Revolución francesa, España empieza a dar bandazos en su política de alianzas: primero se duda en seguir o no la alianza con Francia contra Inglaterra; después se pacta con Inglaterra y se declara la guerra a Francia tras la ejecución de la familia real francesa en la guillotina; más tarde se vuelve a la alianza con Francia porque Godoy opina que eso de la revolución es una cosa muy moderada y se vuelve la espalda a Inglaterra; y, por último, al subir al poder Napoleón, que era un lince, empieza a manejar a Godoy como una marioneta.

Por eso la invasión militar de España no fue un plan premeditado de Napoleón sino que surgió por el tratado de Fontainebleau, un acuerdo que se firmó para impedir que el pacto luso-británico permitiese a Inglaterra entrar en Europa por Lisboa o por Oporto.

Si a eso le añadimos la deplorable opinión que Napoleón tenía tanto de la familia real española como de su gobierno, no es extraño que, camino de Portugal, y una vez en Madrid, decidiera quedarse a poner un poco de orden.

Porque los informes de sus diplomáticos, militares y viajeros franceses pintaban un país atrasado, supersticioso, voluble y con un ejército incapaz de oponer resistencia a la apisonadora militar francesa. Por otra parte, la misma debilidad de la Monarquía preocupaba a Napoleón, que temía un posible cambio de alianzas (a lo mejor a Fernando VII le daba por pactar otra vez con Inglaterra) y Napoleón necesitaba asegurar su dominio sobre el sur de Europa. Para colmo, se sabía que numerosos puertos españoles violaban el bloqueo a los ingleses pactado en Fontainebleau, y que las mercancías británicas entraban en la Península como Pedro por su casa.

Y todo eso era verdad. A finales de 1807 la situación interna de España era caótica. Los efectos de la crisis demográfica se hacían notar por la brusca caída de natalidad y por la elevada mortalidad, debido tanto a las sucesivas guerras como al hambre y a la incidencia de las epidemias de gripe en Andalucía. La coyuntura agraria contribuía a agravar la situación; las guerras contra Inglaterra y el bloqueo continental, pese a no seguirse estrictamente, habían generado un alza de precios que disparó el precio del pan. Por otra parte crecía el malestar entre los comerciantes: España pagaba un alto precio por la alianza con Francia y el bloqueo pactado, lo que conllevaba la dificultad de mantener las exportaciones a América a causa del contrabloqueo o pirateo inglés y la inexistencia de una Armada con la que oponerse a la flota inglesa. Si a ello se une la bancarrota de la Hacienda, a causa del descontrol en el gasto y, sobre todo, el endeudamiento originado por las sucesivas guerras desde 1776, se comprenderá que ni la emisión de avales de la Corona ni la incipiente desamortización eclesiástica solucionaran el problema. Según las cuentas del Estado, en 1808 la deuda alcanzaba los 7.200 millones de reales, lo que significaba diez veces el total de ingresos del Tesoro de cada año.

Y ahí no queda todo. Día a día crecía el desprestigio de las instituciones. La figura de Godoy era objeto del mayor escarnio, pero también se criticaba a los propios reyes, a Carlos IV y a María Luisa, por sostenerle en el poder. Todo lo que pasaba en España contribuía al descrédito de Godoy: el escándalo moral que suponía sus privilegios; su influencia sobre los monarcas; sus numerosos títulos y su gran fortuna; los desastres militares y políticos; la grave situación económica; las epidemias y la carestía de los precios... De todo ello se hacía responsable a Godoy. Y la nobleza, que le despreciaba por su origen plebeyo y por haberla apartado del poder, se hartó de él y se unió al príncipe heredero Fernando, que no dudó en conspirar contra sus padres para acabar con Godoy. El clero, aprovechando la coyuntura de ese modo tan sutil e infrecuente con que suele hacerlo, no le perdonaba que siguiera adelante con las desamortizaciones y que tuviera la osadía de perseguir al Santo Oficio, o sea, a la Inquisición, y se dedicó a clamar contra el mal gobierno desde los púlpitos, convenciendo a los feligreses de que Godoy era el culpable de todos los males.

Puestas así las cosas, no es extraño que muchos españoles empezaran a ver en el heredero, Fernando VII, a un salvador del país y de la dinastía. La "*camarilla*", nombre con el que luego se conoció al pequeño grupo de consejeros del joven Fernando, ya se había formado, y hombres como los duques del Infantado y de San Carlos o el canónigo Escoiquiz contribuían a difundir la imagen del príncipe de Asturias como un hombre ejemplar y el auténtico redentor de la Monarquía.

La primera consecuencia fue que en octubre de 1807 Godoy se descubrió una **primera conspiración** de Fernando VII, apoyado por sus principales consejeros. El príncipe de Asturias acabó obteniendo el perdón de sus padres tras el llamado proceso de El Escorial, en el que no tuvo el menor empacho en delatar a todos sus partidarios, que fueron detenidos y desterrados.

Pero hay más: Simultáneamente, y desde su llegada, los ejércitos franceses no se atuvieron a lo acordado en el tratado de Fontainebleau porque los asentamientos no se realizaron con diplomacia y se produjeron tantos incidentes entre la población y los soldados españoles con los franceses que lo que empezó como una inicial simpatía y curiosidad hacia el forastero se convirtió en alarma y descontento. Quienes apoyaban a Fernando aprovecharon otra vez la ocasión para intentar otro golpe definitivo contra Godoy. Y en la noche del 17 al 18 de marzo de 1808 protagonizaron el llamado **motín de Aranjuez**, cuando los partidarios de Fernando tomaron al asalto el palacio. Y esta vez tuvieron éxito. A la mañana siguiente Godoy

fue depuesto y detenido. Y a Carlos IV no le quedó otra que abdicar, cediendo la Corona a su hijo.

Cuando el flamante Fernando VII entró en Madrid, las tropas de elite del general francés Murat se encontraban ya en la capital. Por eso, durante varias semanas, la familia real española fue, de hecho, prisionera del general francés, hasta que Napoleón decidió tomar cartas en el asunto y envió a Madrid al general Savary con la misión de convencer a Fernando de que se trasladara hacia el Norte para salir al encuentro del Emperador. Tras dejar en Madrid una Junta de Gobierno, Fernando llegó a Bayona el 20 de abril, donde tuvieron lugar unas negociaciones en las que Napoleón exigió sucesivamente abdicar a Fernando VII en favor de su padre y más tarde a Carlos IV a favor de José Bonaparte.

Desde el primer día Napoleón comprobó la mediocridad de sus interlocutores, que llegaron a insultarse entre sí en su presencia. Por eso, cuando se conocieron en Bayona los sucesos del Dos de Mayo en Madrid, fue la gota que colmó el vaso y Napoleón aumentó su presión hasta conseguir la renuncia de Fernando en beneficio de sus padres y la de éstos en la Casa Bonaparte.

Así se hizo. Las únicas condiciones que consiguió incluir Carlos IV en su renuncia fueron mantener unidos los dominios de España y la exclusividad de la religión católica; a cambio obtuvo varios castillos en Francia y una gigantesca renta de 30 millones de reales, una cifra desproporcionada que equivalía a vender literalmente el reino. Tampoco Fernando quedaba mal parado, ya que para los españoles se convirtió en un rey secuestrado (al que empezaron a llamar "el deseado"), mientras él iniciaba en *Valençay* un exilio dorado.

Napoleón decidió entonces nombrar rey de España a su hermano José, que por entonces era el rey de Nápoles.

Porque aquí, en España, ya había estallado la guerra.

Con estos antecedentes llegó José Bonaparte a Madrid.

Su entrada se produjo durante la noche. Su comitiva, encabezada por una compañía de guardias reales, estaba formada por doce carruajes y más de un centenar de soldados veteranos, elegidos personalmente por él entre las tropas francesas destacadas en Madrid. No había ni un solo soldado español en su guardia personal; en cambio, participaban en ella una treintena de soldados polacos, dos docenas de napolitanos y cuatro árabes; el resto era un pelotón de marseleses.

Madrid estaba muy hermosa aquella noche. Sudaba luces desde las farolas y los vecinos habían sacado las sillas a los portales para buscar briznas de aire con las que enjugar sus propios calores. Las madrileñas lucían escotes exagerados en sus vestidos blancos o estampados de flores o lunares, y los hombres camisolas abiertas hasta el cuarto botón, remangadas al codo y, algunos, con pañuelos al cuello con el que se limpiaban continuamente la frente y la nuca. Sí; estaba muy viva y hermosa la ciudad, viviendo en la calle, pero también sumida en un profundo silencio. O al menos eso fue lo que sintió el rey nuevo, lo que le produjo una extraña sensación de alejamiento de sus súbditos.

La pregunta es: ¿Quería el rey José ser monarca en España, un país que no conocía ni le interesaba en absoluto?

Yo creo que no. Para empezar, José se sabía el hermano mayor de Napoleón, y ello le maniató. Había obtenido el título de abogado en Pisa y desde siempre compartió con sus tres hermanos los ideales republicanos nacidos de la toma de la Bastilla. Hubiese sido feliz dedicándose al ejercicio de su oficio de jurista, pero las responsabilidades se las impuso siempre su hermano. Incluso ayudó a su otro hermano, Luis, en la redacción del 18 Brumario que convirtió a Napoleón en emperador de Francia.

Por eso, después tuvo que aceptar ser embajador en Parma y en Roma, velar por Córcega como diputado en la Asamblea Nacional francesa e incluso escuchar a su hermano ofrecerle la corona de Lombardía, aunque finalmente se librara de ello. Cuando el 6 de julio fue nombrado rey de España y de las Indias, después de celebrada la sesión de Cortes en Bayona que aprobó la Constitución de 1808, creyó por primera vez que tenía por delante una gran labor que le apetecía llevar a cabo. Pero enseguida comprobó que entender a los españoles era excesivamente complejo. Y que lo aceptasen a él, mucho más difícil: era algo que desde muy pronto supo que iba a ser imposible.

Por si eso no bastase, el mariscal Jourdan, su ayudante, al igual que los demás mariscales y generales franceses, sentían igual desprecio por España que por la autoridad de José Bonaparte, a quien consideraban un recién llegado y a quien le auguraban un porvenir

sombrío. Era, tan sólo, el hermano de Napoleón: ahí terminaban sus méritos. Por eso se burlaban de él abiertamente en sus reuniones y, en muchas ocasiones, ni siquiera disimulaban su desprecio en su presencia. O sea que no sólo eran los españoles los que se mofaban de Pepe Botella, sino también sus propios mariscales. Por eso, para Bonaparte, nadie merecía su respeto, porque nadie le respetaba a él.

Y el caso es que, desde el primer momento, José Bonaparte se propuso ser un buen rey.

Ya que le habían obligado a ponerse la corona española, al menos quería trabajar honradamente para los españoles, empezando por mejorar la ciudad de Madrid.

Porque es verdad que Bonaparte admiró desde el principio Madrid y soñó con convertirla en una gran ciudad. Carlos III había diseñado una urbe monumental, construyendo el Hospital General, la Casa de Correos en la Puerta del Sol, el Palacio de Benavente, la Casa Real de la Aduana, la Basílica de San Francisco el Grande y el Salón del Prado, entre otros edificios, y había coronado toda su obra con la apertura del Parque del Buen Retiro y con la imponente presencia de la Puerta de Alcalá; pero no le había dado tiempo a concluir todos sus deseos. Y su hijo, Carlos IV, se había preocupado más por capear los temporales internacionales que por hacer de España un país moderno. José Bonaparte pensó que le correspondía a él concluir lo que ni Carlos IV hizo ni Fernando VII había tenido la intención de hacer.

Por eso se propuso ordenar la eliminación del edificio de la Casa del Tesoro y las manzanas de casas que había en su entorno para construir una gran plaza frente a Palacio. Es la Plaza de Oriente que hoy conocemos. Y además se propuso refundir las Reales Academias españolas de la Lengua y de la Historia, como se había hecho en Francia.

También tuvo otras grandes ideas. Por ejemplo convertir el Palacio de Buenavista en lo que luego fue el Museo del Prado, un gran museo para albergar los objetos de arte del patrimonio del Estado y las obras de arte de los conventos que se fueron suprimiendo. Porque a José Bonaparte le indignó enterarse de que se las estaban llevando a Francia los franceses a manos llenas y se opuso enérgicamente a quienes querían saquear de ese modo España.

También se propuso derribar muchas casas, buscando una ordenación urbanística con calles más amplias y plazas despejadas, así como la instalación de una buena red de alumbrado nocturno en toda la ciudad.

En definitiva, Bonaparte tenía decidido convertir Madrid en una gran ciudad y lo hizo. En Nápoles, mientras fue rey de los napolitanos no le habían dejado: el poder que se exhibe con vestimentas, joyas y criados es siempre muy inferior al que presuponen los ojos del pueblo y menor aún del que imaginan los propios aspirantes al trono. El poder sólo descubre su impotencia cuando se detenta. Así lo había aprendido en Nápoles y así se lo había hecho ver por una parte Napoleón, desde su poltrona, y por otra la realidad, desde su tozudez. Pero sus intenciones eran de que en España todo fuera diferente.

José Bonaparte era un hombre esbelto, de estructura corporal pícnica, corpulento pero sin caer en la gordura. Su cara era redonda, su papada incipiente, sus facciones suaves y su sonrisa fácil; pero cuando se enojaba componía una mirada a la que se podía temer. De labios finos, cejas afiladas y nariz larga, se peinaba siempre hacia delante, como un César, ocultando su incipiente calvicie con los rizos escasos que se arremolinaban sobre la parte superior de la frente. Con todo, lo más sobresaliente de su fisonomía eran sus ojos, protegidos por unos párpados gruesos que en su abultamiento parecían tejadillos que daban sombra a unas pupilas demasiado apagadas. Podía haber sido un hombre feliz: su rostro se lo hubiese permitido; pero nunca lo fue. Pudo ser una buena persona, un hombre en el que cabía confiar, pero la vida lo colocó exactamente en el otro lado de la calle.

A Bonaparte le gustaba vestir camisa bordada y casaca labrada. A su cuello se anudaba un pañuelo de seda blanco. Además usaba faltriquera, pololos y botas. Se cubría con un sombrero apaisado, como el que usaba su hermano Napoleón. Y lucía un anillo de oro en el dedo anular de su mano izquierda con el sello de la casa Bonaparte.

Se le llamó de mil maneras. Las más conocidas son las de *Pepe Botella* y *Pepe Plazuelas*... Pero también es verdad que los españoles ilustrados le consideraron un buen rey porque su intención, insisto, era convertir España en un país moderno, sentar los ideales de la libertad, garantizar los derechos ciudadanos y hacer del suyo un país próspero. Incluso hacer de Madrid una de las ciudades más hermosas de Europa. Como Viena, o como París... En la Plaza de Oriente construyó una plaza espléndida; y en el resto de la ciudad se ensancharon las

calles y se construyeron numerosas plazuelas. Por eso el gracejo madrileño lo bautizó como *Pepe Plazuelas*...

O como *Pepe Botella*. Y eso que José Bonaparte apenas probaba el vino. Pero cuando salió de Madrid camino de Vitoria llevaba una partida de vino para abastecer a la tropa que le fue robada en las cercanías de Calahorra. Y, como represalia, ordenó que allí mismo se requisase igual cantidad de botellas que las que fueron sustraídas. No faltó nada más para ser bautizado como *Pepe Botella*...

Desde el principio José Bonaparte fue odiado por las clases populares. Y él no concebía tanta oposición y tanto odio de los españoles hacia su persona. ¿Por qué no lo aceptaban si era un rey legítimo, tan legítimo como don Fernando y como su padre, el viejo don Carlos? Las Cortes reunidas en Bayona en 1808, convocadas y constituidas legalmente, habían aceptado la abdicación voluntaria de don Fernando, habían aprobado la nueva Constitución de España y le habían coronado. Todo fue absolutamente legal y legítimo. ¿Y entonces? ¿Cómo era posible ese enconamiento contra él, precisamente contra él, que sólo pretendía implantar los derechos del hombre, la dignidad ciudadana y proceder, bajo su imperio, a la modernización de un país esclavizado por la Inquisición y atrasado en siglos con respecto a las demás naciones de Europa? Tal vez sus tropas hubiesen cometido algunos excesos, no iba a negarlo, pero los propios españoles se lo habían buscado. Porque si no hubiese mantenido la guerrilla tan extraordinaria tensión contra la autoridad militar, nada de aquello hubiese sucedido. Él no podía sentirse culpable de todo lo que les sucedía a sus súbditos: gobernar es ser injusto, lo aprendió de su hermano; porque ser injusto, en muchas ocasiones, fortalece la eficacia del poder y, a la larga, engrandece a los pueblos. Un poder que no es injusto y cruel acaba siendo vencido, lo mostraba la historia con un millar de ejemplos. Y él no quería que le sucediera algo así.

Aunque también pensaba que era posible que no él hubiese nacido para ser el amo del poder. Muchas veces se lo había preguntado. ¿Qué le había empujado a aceptar el peso de la corona española? Quizá lo hizo para no defraudar a su hermano; o porque la vanidad le había cegado cuando soñó ocupar el sillar que habían calentado los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II. Pero lo cierto era que nadie había invitado a los franceses a invadir España; sólo la buena voluntad del emperador y sus loables propósitos explicaban que él estuviera ahora acomodado en el trono. Unos propósitos que disgustaban a los ciudadanos, además. ¿Sería él capaz de convencerles de que era lo mejor para ellos? O, por lo menos, ¿sabría justificarles que lo sucedido en Bayona no fue ninguna farsa?

Aunque aquellas preguntas enmascaraban una cuestión mucho más importante. En soledad no podía engañarse. La verdadera pregunta era si él, el rey José, de la estirpe de los Bonaparte, deseaba ser el monarca de los españoles. No, se contestó siempre. Y luego pensó que él sólo obedecía porque su hermano, el emperador, el invencible Napoleón lo había querido así...

Aunque, ¿tenía que aceptar cualquier capricho de su hermano? ¿Debía consentirlo? Bien estaba que lo hubiese hecho monarca, que él dictase las normas, que él velase para que llegasen regimientos de apoyo cuando los necesitase, como los cuarenta mil hombres que acudieron para terminar de pacificar Andalucía... Pero, ¿y esa idea absurda de extender la frontera de Francia hasta el cauce del Ebro para aumentar la extensión del país galo y menguar la del hispano, empequeñeciendo España? ¿Debía callar y aceptarlo u oponerse y velar por la integridad de su reino? El emperador ya lo había insinuado, pero si llegara a proponerlo abiertamente mostraría su disconformidad con la mayor firmeza. Creía que si no conseguía ser respetado por Napoleón, tampoco lo sería jamás por los españoles.

Era tan buena persona, y tan ingenuo, que lo que más deseaba era que sus súbditos le conociesen mejor. Ya que sus ministros no eran capaces de atraer simpatías hacia su persona, él tendría que encargarse de hacerlo. Y, para empezar, decretaría una amnistía. Una amnistía que liberase a una buena cantidad de presos de las cárceles de toda España y que demostrara a los españoles su clemencia y bonhomía. La clemencia de un buen monarca y la bonhomía de un gobernante que merecía ser querido por su pueblo. Esas eran siempre sus intenciones.

Dijo: "Creo firmemente que España merece que todos nos esforcemos por convertirla en un país moderno, libre, culto y próspero", pero añadió, melancólico: "Los españoles no ven en mí al gobernante que puede hacerlo".

Así era José Bonaparte, un buen gestor al que no dejaron ser un buen gobernante.

En mi novela "El secreto del rey cautivo", que describe estos sucesos de los que ahora les hablo, hay unas líneas que me gustaría leerles porque pueden ser ilustrativas de los pensamientos y de los temores de Bonaparte, así como de la verdadera situación de las guerrillas españolas. O al menos así lo interpreté yo después de mucho estudiar al personaje. Dice así:

“La paz es aburrida, pensó aquella tarde José Bonaparte sentado frente a un balcón de Palacio mientras veía caer la mansa lluvia de febrero sobre Madrid. Desde su llegada a España, hacía ya casi tres años, no habían cesado las batallas ni las escaramuzas, con desigual fortuna; pero la realidad era que no había tenido un solo día de respiro para sentirse el verdadero rey de los españoles y demostrar que iba a hacer por ellos lo que ningún otro monarca había sido capaz. Tal vez había llegado el momento, en el suave invierno español, de dedicarse por completo al bienestar de sus súbditos. Era su deber y, además, la calma le parecía aburrida. Y es que la excitación de la guerra termina por convertir la paz en algo parecido a una rutina insoportable: la reiteración viste cualquier novedad de monotonía y hastío, tanto sea una caricia de amor como un sublime movimiento sinfónico eternamente repetido.

El mariscal Soult había acabado en los campos de Ocaña con las últimas esperanzas de la Junta Central rebelde, venciendo al único ejército leal del depuesto rey don Fernando que quedaba en España. Cincuenta mil hombres quedaron muertos o heridos sobre las secas tierras toledanas, hechos prisioneros o dispersados sin rumbo en esa voluntariosa batalla que había sido planeada ingenuamente por la Junta Central para caer sobre Madrid y expulsarle a él del trono; cincuenta mil hombres derrotados por la fuerza de los ejércitos franceses a las órdenes del único y legítimo rey de España: él. Y de pronto sus pensamientos le llevaron a su hermano Napoleón.

Estaría orgulloso de él, sin duda. Napoleón tendría que estarlo. El ejército español rebelde había sido aniquilado por completo y poco después toda Andalucía, el último reducto, había cedido a la dominación de sus ejércitos. Apenas quedaban unos cuantos focos rebeldes por sofocar: la minúscula Cádiz, la resistencia insolente del general Álvarez de Castro en Gerona, la rebeldía de Tarragona, la tozudez de Valencia... Pero se trataba de asuntos menores que no daban lugar a cualquier inquietud. Bonaparte sabía que las preocupaciones son como la pegajosa miel, un engrudo que no permite arrancar de los pensamientos algo que todavía no ha sucedido; y no era eso: a él no le ocurría así con las noticias que llegaban de tarde en tarde provenientes de la España rebelde. La Junta Central, o lo que quedara de ella, había huído de Sevilla el pasado día treinta de enero y se había refugiado en Cádiz, y si hasta ahora aquella ciudad continuaba sin gobierno francés sólo se debía a su peculiaridad geográfica y a que los refuerzos militares portugueses, amparados por la armada inglesa que protegía sus costas, le estaba permitiendo resistir los tímidos intentos de sus ejércitos para conquistarla. Algo que, de repente, se prometió completar en cuanto llegase la primavera. Sí, así lo haría, se dijo; y suspiró dejándose hundir un poco más en el sillón en que estaba sentado, frente a un balcón de Palacio.

Ahora todo estaba en calma. Demasiado tranquilo, puro tedio. Afuera seguía lloviendo y en el despacho no había mucho que hacer. Ni siquiera le apeteció saber en qué andaba su esposa, a la que no veía desde la hora del desayuno; ni tampoco si sus ministros y consejeros estarían preparando las leyes y ordenanzas que les había encargado para convertir el reino en un país moderno, muy distinto al que le había dejado el joven don Fernando.

¿Qué sería de don Fernando, ese rey destronado en Bayona para que le entregasen a él la corona? De repente sintió curiosidad por saber en qué ocupa su tiempo un rey depuesto. Pero, por un instante, sintió miedo de conocer la respuesta: a lo mejor, en aquellos momentos, don Fernando estaba sentado en un sillón, frente a un ventanal, viendo caer la lluvia, cualquiera que fuera la ciudad en la que estuviera. ¿Qué diferencia existía, pues, entre un rey que reina y otro destronado? ¿No eran acaso dos hombres, como tantos otros, comidos por el paso del tiempo y sin comprender que eran un mero producto de la casualidad, del destino, de la fortuna o de lo que sea que rige la vida de los hombres? José Bonaparte tuvo de pronto miedo de aquella soledad, de la infinita soledad en que se encontraba. Rodeado de guardias que servirían igual a cualquier otro amo por idéntico salario; de ministros que no le comprendían ni le respetaban; de mariscales que se mofaban abiertamente de él; de una esposa

preocupada más por el vestuario de su armario que por la despensa de sus súbditos; y de unos ciudadanos que aborrecían su existencia, como si él hubiese sido creado por Dios en venganza contra un pueblo satánico.

El mariscal Sebastiani, después de exigírselo de diversas formas, le había dejado leer días atrás un largo informe elaborado por los espías del Gobierno acerca de las cuadrillas de bandoleros que se movían libremente por el Reino, atacando las guarniciones de soldados con crueldad y a traición, cobardemente; interceptando correos y desmoralizando a sus hombres; robando armas y víveres para subsistir en el campo, como alimañas, en muchas ocasiones protegidas por los vecinos de los pueblos... Esos canallas eran muchos y, además, tenía que reconocerlo, irritantemente eficaces... Los informadores calculaban que componían, en total, una fuerza de unos treinta mil hombres diseminados por todo el reino, armados y en lucha permanente: habían escrito que sólo uno de ellos, llamado Espoz y Mina, contaba con más de ocho mil bandidos bajo su mando. Muchos jefes de partida habían sido descubiertos e identificados, aunque para ello se había necesitado utilizar métodos de tortura repugnantes contra los bandoleros hechos prisioneros. Así, se sabía que en Aragón, en torno a los Pirineos, un tal Mariano Renovales se consideraba el jefe de El Rocal y gozaba de un gran prestigio entre la población; la situación en Cataluña, por otra parte, era cada vez más insostenible: los somatenes se habían convertido en una fuerza rebelde que no dejaba de llamar a la resistencia popular a los vecinos de todos los pueblos por los que pasaba, incitados por guerrilleros como el canónigo Rovira, el barón de Eroles, Miláns del Bosch, Narciso Cay y Joan Clarós. Bandidos que decían moverse por impulsos patrióticos o religiosos y, en ocasiones, por venganza ante el pillaje de ciertos elementos de las tropas francesas; pero que en realidad no eran más que delincuentes a los que era preciso detener y ahorcar para mantener la paz en el reino. Aunque no era sencillo dar con ellos, ciertamente: desde El Empecinado al cura Merino, desde Díaz Porlier a Manso, sostenían sus tropas con armas y ropajes robados a las guarniciones francesas, sabían combatir en tierras que conocían con una precisión imposible de igualar, mantenían a la población en el principio de la resistencia con proclamas patrióticas y recibían su ayuda cuando les acechaba el peligro. Era costoso, demasiado costoso y casi siempre imposible, acabar con ellos. Si los ejércitos del rey se desplegaban por grandes extensiones de terreno para capturarles, entonces se debilitaban en unidades pequeñas que eran sometidas a emboscadas que aterrorizaban a los soldados y las reducían a presas fáciles; y si por el contrario se concentraban en un lugar, los grandes territorios quedaban en poder de los rebeldes y allá campaban a su antojo, imponiendo las leyes de piratería. En el informe de señalaba, por último, que la Junta Central de Sevilla había publicado un Reglamento de Partidas que organizaba su estructura y marcaba los objetivos de las cuadrillas, reconociendo su labor y premiando su crueldad; e, incluso, poco después, se había atrevido a dictar un Decreto que, con toda insolencia, regulaba detalladamente las funciones y modos de actuar del Corso Terrestre, lo que demostraba que, para el enemigo rebelde, los guerrilleros formaban parte del ejército sublevado y, por lo tanto, había que considerarlos enemigos peligrosos con los que no cabía la piedad.”

Como se ve, José Bonaparte fue un rey que quiso ser fuerte pero trasluce una gran debilidad y pusilanimidad.

Pasaron los años y José Bonaparte, poco a poco, fue perdiendo su afecto por nuestro país. La realidad fue que cuanto más la conocía, menos le gustaba España. Era arrogante, ignorante, rebelde, indisciplinada y trasnochadora. El exceso de sol calentaba su sangre hasta entrar en ebullición y las interminables horas de luz derretía las cabezas, poblándolas luego en la noche de lujuria y de crueldad. No era un pueblo de súbditos apasionados, sino fanatizados. Bailaban desafiando, cantaban amenazando, hablaban vociferando y lloraban disimulando. Nunca era hora de empezar el trabajo y de inmediato llegaba la hora de descansar; nunca era hora de retirarse a dormir y al hacerlo soñaban con que seguían despiertos, decididos a retar a cualquiera por ver quién aguantaba más. Si iban a la guerra, parecían acudir a una fiesta; si se trataba de una fiesta, acudían como si empezase una guerra. Obligarles era inútil; perdonar no lo entendían; y las culpas propias siempre eran de los otros. Extraño país: gobernarlo era como dar leyes a un panal confiando en que las abejas las acatarían. Lo curioso era que, aun así, en España nunca faltaban la abeja reina, los zánganos y las obreras, el panal crecía, la miel se

fabricaba y la cera sobraba; todo parecía que no podía acabar bien y luego nunca terminaba mal. Extraño país.

Y así fueron las cosas hasta que un día se acabó todo. Porque un decadente Napoleón, vencido en el Este europeo y descuartizado en las nevadas estepas rusas, firmó el Tratado de Valençay, en diciembre de 1813, devolviendo la Corona de España a Fernando VII.

De inmediato, José Bonaparte, después de 5 años de intentar hacer lo que creía correcto, tuvo que salir huyendo de España: bienintencionado, incomprendido y mediocre; pero a la postre no tan digno como para no llevarse entre sus fardos un buen número de joyas y obras de arte; y probablemente consintiendo que algunas otras pertenecientes al Estado se las llevaran algunos miembros de su séquito.

Termino ya. El regreso de Fernando VII a Madrid se produjo el 22 de marzo de 1814. Y en ese mismo momento ese abominable monarca “tan deseado” empezó a urdir una traición dirigida finalmente contra la Constitución y contra los españoles.

Porque nadie podía imaginar que el joven rey cautivo aboliría la Constitución liberal de Cádiz de 1812 y se mostraría como un monarca absolutista y despreciable. Nadie lo pensó, porque, para los españoles, su vuelta fue una fiesta de esperanza y futuro, de victoria y orgullo; aunque durara bien poco.

Ninguno de sus más leales defensores podía esperar que aquél por quien habían sacrificado buena parte de su vida se convirtiese en un tirano y en un mal hombre, en una desgracia que muchos sufrieron y que tan sólo unos pocos supieron ver y se atrevieron a combatir.

La continuación del reinado de Fernando VII fue finalmente algo más que una decepción: fue una grave equivocación. Y aun más grave para los liberales que se habían sacrificado por él, una daga clavada a traición en la espalda de un país que ya había decidido, en Cádiz, instalarse en la modernidad. Pronto fue calificado con los adjetivos de injusto, indigno, absolutista, ignorante e incapaz. Y fueron muy generosos en los insultos. Sus partidarios creyeron obrar con lealtad con quien luego no les fue leal y entregaron un inmenso amor a quien jamás amó a nadie que no fuera él mismo.

El Deseado había sido vitoreado con las esperanzas puestas en el constitucionalismo nacido de las Cortes de Cádiz y con la ilusión colectiva de haber liberado a España de la dominación extranjera, pero no pasó mucho tiempo hasta que su presencia terminó levantando un edificio de desazón, abortando todas las ilusiones de un pueblo honrado que le fue fiel.

Sólo una pregunta para terminar: ¿Conocen ustedes alguna calle, plaza o monumento en España en honor de Fernando VII o de José Bonaparte? Bueno, hay una pequeña y desolada en los alrededores del cementerio de La Almudena de Madrid, más por protocolo debido a la dinastía de los Borbón que por ser rey. Pero nada más.

Esto nos da una idea de lo injusto del trato que hemos dado los españoles a la memoria del rey José I y de lo despreciable que fue, y sigue siendo, Fernando VII, el monarca más aborrecible de la historia moderna de España.

Muchas gracias.